Discos

Vía posible hacia una auténtica ópera flamenca

ÁNGEL ÁLVAREZ CABALLERO

Ven y sígueme (Un gitano llamado Mateo).
Cante: Juan Peña el Lebrijano *y otros. Canción: Rocío Jurado. Guitarra: Manolo Sanlúcar y Enrique de Melchor. Coros, orquesta, recitados, etc.*
Dirección artística, dirección musical, producción y arreglos musicales: Manolo Sanlúcar. RCA, PL-35383 (2). Madrid, 1982.

Ven y sígueme quiere ser una ópera flamenca en el mejor sentido del concepto, y lejos de cualquier adjetivación peyorativa que recuerda la tradicional y deleznable *ópera flamenca,* evocadora de la etapa más triste de la historia del flamenco. *Ven y sígueme* pretende ser una obra susceptible de representación escénica sobre una prácticamente continuada secuencia musical, sólo levemente interrumpida en algún momento por breves recitados. Hay una leve trama argumental, explicitada en ese subtítulo de *Un gitano llamado Mateo,* con resonancias del Evangelio, aunque no se trate tampoco de seguir al pie de la letra el texto sagrado.

Sin entrar a juzgar lo que un día pueda ser esta obra puesta en pie en un escenario, ya que nunca ha sido representada, lógicamente nos vienen a la memoria como antecedentes más inmediatos las experiencias llevadas a efecto por el grupo La Cuadra, de Sevilla —*Quejío, Andalucía Amarga,* etcétera,— referencia casi única en un campo tan tremendamente huérfano de títulos como este del teatro flamenco. Ahora bien, mientras en aquellas obras de Távora se recurría como único elemento musical al arte flamenco, en *Ven y sígueme* la orquesta y la canción tienen un valor tan sustantivo como lo jondo. Esto, si lo consideramos en el contexto exclusivamente flamenco, puede resultar empobrecedor, pero no así si examinamos la obra en su totalidad, porque entonces vemos que los distintos planos musicales han sido ensamblados con gran sensibilidad e inteligencia y el resultado es francamente positivo. Juan *el Lebrijano* y Manolo Sanlúcar, responsables principales en la creación de la obra, se sentirán sin duda satisfechos.

Personalmente me ha interesado más, es lógico, la parte puramente flamenca, que es, en general, de una gran belleza, con el acierto de no haber caído en la tentación de trascender excesivamente el tema, y así, junto a los géneros *mayores* —soleares, seguiriyas, peteneras, saeta— aparecen el ángel y el fulgor de los aires navideños, las bulerías, los fandangos de Huelva e incluso los tanguillos de Cádiz. Un acierto la elección y la diversidad de los estilos en una obra que, por su temática, corría el riesgo del envaramiento excesivo.

El Lebrijano, bien secundado por un grupo de cantaores menos conocidos, sirve el cante de manera adecuada y eficaz, y en ocasiones logra páginas muy hermosas. En las canciones, Rocío Jurado es la intérprete idónea, la mejor voz que se podía encontrar hoy para una obra de esta naturaleza. Que, insisto, me parece un camino muy válido a seguir.

El País.

10 de Diciembre de 1983.